

"místico de la Santa Trinidad y lo hacían cómplice de esas falsifica-  
 "ciones. . . . Necesitóse que el gran poeta Ariosto se burlara de esa  
 "donación con su gracia inimitable, en tanto que otro poeta mayor  
 "que Ariosto, el Dante, nacido en siglo de fe, en el siglo XIII,  
 "creía en la donación y la trataba, no de falsa, sino de perturbadora  
 "y triste para la Iglesia. . . . Comprendemos y explicamos que la  
 "piedad religiosa convenga en el viaje de Pedro á Roma, aun care-  
 "ciendo de bases históricas en que fundarlo. Sabido es que San  
 "Lucas, el cual señala el itinerario de los apóstoles, no habla ni  
 "una sola palabra del viaje de Pedro á Roma; sabido es que en las  
 "cartas de San Pablo consagradas á referir los adelantamientos de  
 "la religión cristiana en la ciudad eterna se mencionan nombres  
 "oscuros de fieles desconocidos, que sin esta mención jamás habrían  
 "pasado á la historia, y no se menciona el nombre gloriosísimo de  
 "San Pedro; sabido es que las epístolas de éste no se fechan en  
 "Roma jamás, y que ha sido necesario suponer que bajo el nombre  
 "de Babilonia se ocultaba el nombre de la ciudad eterna; sabido es  
 "que San Pablo fué el Apóstol del Occidente, como San Pedro, el  
 "Apóstol de Oriente, San Pablo, el Apóstol de los gentiles, como  
 "San Pedro, el Apóstol de los judíos; sabido es que la primera in-  
 "dicación histórica de la ida de San Pedro á Roma, se encuentra  
 "en escritos del siglo IV, en San Eugenio, quien cita á Papias, dis-  
 "cípulo de San Juan, único entre los cercanos á aquellos tiempos,  
 "que habla del viaje vagamente y que merece poco crédito hasta en  
 "la apreciación del mismo que lo cita; se comprende que la fe pres-  
 "cinda de todos estos reparos históricos. . . . Pero idear, como se  
 "ideó, por el Papa Estéban II, una carta dirigida por el Apóstol  
 "mismo desde el cielo á Pipino conminándolo á favorecer á los Pa-  
 "pas; escribir, como escribió, una falsa donación de Constantino al  
 "Pontificado con señalamiento de naciones y tierras; ¡oh! raya en lo  
 "inverosímil, y apenas sería creíble sino lo comprobara tan clara y  
 "manifiestamente la historia."

Así pues, la propagación y triunfo del catolicismo, la más atrevida  
*desnaturalización* del ideal imposible cristiano, y la más *natural* adap-  
 tación de aquel al orden social, descansan como en piedra angular,  
 en una serie de groseras supercherías y atrevidas falsificacio-  
 nes.

Véase además sobre esta profana y simoniaca transformación del  
 Poder Pontificio, la citada obra de Castelar, tomo I, páginas 68, 76,  
 87, 89, 90, 98, 124, 140, 142, 145, 158, 218, 219, 246, 250, 264, 268,

281, 295, 311, 314, 394, 495, 404, 405, 453, 465, 466, 483; II, páginas  
 198, 244; III, páginas 65, 68, 142; y IV, página 327.

### COSTUMBRES Y CULTOS

Los pueblos más creyentes son los más corrompidos é ignorantes;  
 el catolicismo llegó á su apogeo cuando las tinieblas de la igno-  
 rancia y la depravación de las costumbres llegaron á su colmo; la  
 edad media, que es el tipo de las edades bárbaras por sus crímenes,  
 por su degradación, por sus groseras supersticiones, es también el  
 periodo en que el mundo europeo fué más creyente, más católico,  
 más sumiso á dogmas y gerarquías eclesiásticas, más entregado á  
 prácticas de culto exterior y más confiado en milagros y leyendas  
 pueriles.

El cristianismo al engrandecerse se hizo catolicismo y al hacerse  
 catolicismo se adaptó á las condiciones de la sociedad y siguió fiel-  
 mente la naturaleza de ésta; porque la religión de una raza, ó de un  
 pueblo, ó de una época no es cosa distinta de las demás facultades y  
 aptitudes de esa raza, pueblo ó época; son una verdadera puerilidad  
 esas ridículas antítesis que establecen oposición entre las creencias  
 religiosas y la cultura de un pueblo, suponiendo que la religión *ci-  
 viliza y mejora* á los pueblos, como si la religión fuera distinta de  
 los pueblos mismos. Estos, al contrario, son los que producen sus re-  
 ligiones, como su arte, como sus ciencias, como toda su cultura so-  
 cial; y claro está que las mismas causas que producen ésta ó aque-  
 lla cultura, son las que producen ésta ó aquella religión ó las mo-  
 dificaciones históricas á determinada religión. De manera que ha-  
 blando, por ejemplo, de moralidad y nobleza de sentimientos, no  
 debe decirse, ni es lenguaje exacto, en el orden científico, (aunque  
 lo sea muy literario y poético) decir que la religión dulcifica las  
 costumbres de tal pueblo y moraliza tal raza; lo que se debe decir  
 es que ese pueblo precisamente por su constitución intelectual y mo-  
 ral creó una *theología*, un sistema de creencias, una *religion* adap-  
 tadas á su cultura moral y científica y al grado de su moralidad so-  
 cial.

En este sentido vemos al *cristianismo* desaparecer desde el primer  
 siglo por su incompatibilidad por las leyes naturales del orden so-

cial y convertirse en catolicismo, que no es otra cosa que una adaptación de una doctrina poética y sublime á los dogmas, moral y costumbres paganas y judías, mezcladas literariamente con el romanticismo cristiano; todo con el propósito de acomodar esa revolución cristiana á los caracteres de la raza heleno-latina poseedora del territorio europeo.

Efectivamente, el cristianismo, como hemos visto, no era otra cosa en religión que el judaísmo con la nueva idea de Jesucristo Enviado de Dios, resucitado, y que *muy pronto* vendría á reinar en la tierra fundando un Imperio de justicia. Véase Ernesto II, Havet op. cit., t. II, p. 332. Esta era la *única* diferencia teológica entre los judíos y los primeros cristianos, pues éstos continuaban practicando el culto judío, observando la ley de Moisés, y hubieran protestado enérgicamente, si se les hubiera dicho que porque creían en Jesucristo no eran judíos, ni observantes de la ley de Moisés. Véase Renan, *Apóstoles*, p. 130. Y hemos visto en la nota relativa á los dogmas, y la realidad actual nos lo evidencia, que aquella creencia se extinguió, que aquel *único* dogma (*próxima venida del Mesías* y su reinado en este mundo) predicado por los primeros cristianos, desapareció para dar lugar á una teología compuesta de ideas platónicas, neoplatónicas, estoicas, etc. En cuanto al cristianismo como agente moral y social no fué en sus orígenes (y también lo hemos indicado ya en la nota relativa á dogmas. Véase además Epist. Galat. II, 1, y act. XI, 22—Rom. XV, 26, Jac. II, 5, 6,) sino una grande asociación de pobres, un esfuerzo heroico contra el egoísmo, fundado en la idea de que nadie tiene derecho sino á lo necesario, y lo superfluo pertenece á los que no tienen nada. Se comprende, dice un filósofo, que entre este espíritu del cristianismo primitivo y el espíritu romano, se trabara una lucha á muerte, y que el cristianismo, por su parte, no llegará á reinar sobre el mundo sino á condición de *modificar profundamente* (esto es, cambiar de creencia) sus tendencias nativas y su programa original. Más exacto habría estado el pensador autor de esa frase, si hubiera dicho que la lucha sería no entre el espíritu del cristianismo primitivo y el mundo romano, sino entre ese cristianismo, agrupación de almas idealistas, y el mundo todo, y la humanidad toda, y la especie humana de todos los tiempos, y, (hablando con propiedad científica), las leyes ineludibles de la sociedad, las leyes naturales de toda sociedad. Estas son las que efectivamente pretendía modificar el cristianismo; y debió preverse que no llegaría á reinar en el mundo, sino cuando no sólo

*modificara profundamente* sus tendencias nativas, sino cuando aceptara las tendencias opuestas de toda sociedad humana, *el egoísmo como base de todo derecho y orden social*, de manera que en lugar de hacerse el mundo cristiano, el cristianismo debiera hacerse y se hizo *mundano*. Y sólo al precio de ese sacrificio, sólo inmolando su verdadero espíritu en aras de las leyes económicas de toda sociedad, para no conservar sino como una excepción rarísima el sentimiento de caridad, y como fórmula *literaria* y romántica el lenguaje del evangelio, sólo así pudo dominar al mundo, esto es, poner el nombre de *cristianismo* sobre instituciones que nada tienen de cristianas.

Ya hemos citado las terribles penas aplicadas á los fieles de la primitiva Iglesia que no daban todos los bienes á la comunidad, ú ocultaban parte de ellos, de manera que es un hecho que la *esencia* moral y social del cristianismo primitivo, tal como lo entendieron y practicaron los primeros apóstoles y parientes de Jesús, los que aceptaron su doctrina, fué el *comunismo* de bienes, bajo la ley del amor mutuo. «La *multitud* de fieles (dicen las *Actas de los Apóstoles*, act. II, 44, 47; IV, 32, 35) no tenían sino un corazón y «una alma, y ninguno de ellos guardaba lo que poseía como de su *propiedad*, porque gozaban de todo en común. Y así, no había «entre ellos pobres; los que tenían campos y casas las vendían, y «ponían el precio á los piés de los Apóstoles; después se hacían «distribuciones según las necesidades y diariamente partían el «pan con armonía, con gozo y simplicidad de corazón.» Como el cisma entre el cristianismo y el judaísmo aun no estaba consumado, es probable que los judíos participasen de estos actos de caridad. «Los Santos y las viudas (dicen las *Actas*) eran también piadosas personas, hacían bien á todos.» Pero esta comunidad ó comunismo, esta mutua caridad, esta *ley de amor y caridad*, *esencia* del cristianismo, *única cosa* que predicó Jesús, no podía subsistir por la sencilla razón de que el egoísmo ha sido, es y será el agente único social de todo progreso, mejora y riqueza; el egoísmo, el *yo* tiene forzosa, inevitablemente, tan inevitablemente como se realizan las leyes de la gravitación, tiene que evolucionar hacia la libertad, pues la libertad del yo será aspiración instintiva de todo sér racional. Y esa libertad en el orden social, trae como consecuencia ineludible la desigualdad; y ésta la antítesis inevitable entre pobres y ricos. «Cuando un hombre muere de hambre, cuando *clases enteras languidecen en la miseria*, la política se limita á en-

«contrar que esto es deplorable; ella demuestra con buenas razones que no hay orden social y político, sino con libertad; pero las consecuencias de la libertad, son que el que nada tiene y nada puede ganar, muera de hambre. . . . La gloria del pueblo judío es el haber proclamado con energía el principio de la caridad. . . la ley judía es *social* y no política; los profetas, los autores de apocalipsis, son promovedores de revoluciones sociales, no políticas. En la primera mitad del primer siglo, puestos los judíos en presencia de la civilización romana (que es la nuestra) no han tenido sino una idea, y es la de rehusar los beneficios del derecho romano, de este derecho filosófico, ateo, igual para todos; y de proclamar la excelencia de esa *ley teocrática* que forma una sociedad religiosa y moral; la ley hace la felicidad, he aquí la idea de todos los pensadores judíos, como Philon y Josefo; las leyes de los otros pueblos cuidan de que la justicia siga su curso, importándoles poco que los hombres sean buenos y felices; la ley judía descende á los últimos detalles de la educación moral. El cristianismo no fué sino el desenvolvimiento de la misma idea; cada iglesia es un monasterio en que todos tienen derecho á todo.» (Renan, *Apóstoles*, págs. 130—131.)

Pero esta forma social del primitivo cristianismo, no podía subsistir. Y aunque es cierto que la historia nos enseña que todas las religiones que han tenido un principio, y que no son contemporáneas del origen mismo del lenguaje, se han establecido por razones sociales, más bien que teológicas (Op. cit. 115), es inconcuso que las condiciones de comunismo y fraternidad de las primeras asociaciones cristianas, única cosa que moral y socialmente distinguía á los cristianos de los paganos, esas condiciones no podían aplicarse á una gran sociedad, ni cuando países enteros se hiciesen cristianos (esto es, creyesen en la muerte y resurrección de Cristo como enviado de Dios). Entonces las reglas de las primeras Iglesias se convirtieron en utopía y se refugiaron en los ascetas; el cristianismo, acrecentado con incontables fieles, se hizo pagano en el orden social, esto es, aceptó la moral y el derecho social de los pueblos paganos; y no sólo, sino que sus gerarquías de Presbíteros, Obispos, etc., acrecidas con sectarios de mala fe, se convirtieron en gerarquías de potentados á imitación de las de los sacerdotes y culto paganos.

¿Cuándo comenzó la Iglesia cristiana á perder su espíritu y costumbres de sociedad de mutuo auxilio? Un acontecimien-

to muy conocido dió origen á esta transformación: el martirio de San Estéban acaecido el año de 37 y efecto de una persecución de los judíos de Jerusalem, obligó á la comunidad cristiana de esa ciudad á dispersarse (Act VIII, 1, 4; XI, 19) por toda la Judea y Samaria; y esta dispersión fué para el cristianismo naciente (dice un historiador) una fortuna sin igual, pues así fracasaron los ensayos de asociación comunista, ensayos que engendran abusos de tal naturaleza, que esa clase de establecimientos están condenados á perecer prematuramente ó á renegar del principio que les ha creado (como los franciscanos). Gracias á la persecución del año 37, la Iglesia cenobítica de Jerusalem se libró de la prueba del tiempo; cayó en flor, antes de que dificultades posteriores la hubiesen arruinado. . . . El verdadero espíritu cristiano sólo fué continuado por los nazareno--ebionitas de Batanea; su persistencia en mantener la sublime paradoja de Jesús, la nobleza y la felicidad de la pobreza, tenían algo de conmovedor. Esta era quizá la más gran verdad del cristianismo, aquella por la que ha triunfado (en ideal) y por la cual sobrevivirá; en el verdadero sentido de Cristo, todos, en tanto que somos filósofos, artistas, sacerdotes (de vocación) obreros desinteresados, tenemos el derecho de llamarnos *ebionim*, *po-bres cristianos*. Pero una ley de este mundo, quiere que todo fundador se convierta muy pronto en extranjero, en excomulgado, y después en enemigos de su propia escuela; y que si se obstina en vivir largo tiempo, los que salen de él se vean obligados á tomar medidas contra él, como contra un hombre peligroso. (Renan, *Les Evangiles* 75—Castelar, *Rev. Relig.* I, pág. 169).

Así quedó muerto el verdadero cristianismo antes de espirar el primer siglo. Su ley fundamental, *amaos los unos á los otros*, se ahogó en la vida común y egoísta del paganismo triunfante que aparentó quedar vencido, porque puso nombres cristianos á costumbres paganas; y el dogma fundamental del cristianismo, *adorar á Dios en espíritu*, y en verdad quedó también adulterado por el triunfo de cultos paganos con nombres cristianos y por una metafísica seca y árida que ha producido la escolástica y los millares de volúmenes de los escolásticos; y por último, la pureza de costumbres, la caridad, el idealismo que eran la *esencia* de la predicación de Cristo han seguido siendo en la inmensa sociedad cristiana, lo que eran en el paganismo: excepciones rarísimas. Hoy, como durante diez y nueve siglos de cristianismo y como durante las épocas paganas, la universalidad de los cristianos es egoísta, corrompi-

da, amante de las riquezas; y está uno tentado á preguntar ¿cuál fué *socialmente* la obra de Cristo si han continuado en el mundo los mismos vicios y defectos de las antiguas sociedades? Puede decirse después de admirar el evangelio:

*¡Y en tanto el mundo sin cesar camina  
por el pliélagos inmenso del pecado!*

Efectivamente, ¿podrán encontrarse entre los millares de charlatanes en teología, de pedantes de moral cristiana, de devotos y devotas, de idólatras de imágenes en un pueblo católico ó protestante, entre esos millones de almas algunos centenares que practiquen el evangelio, esto es, la ley de caridad y amor predicada por Cristo?

No; la verdad es que el cristianismo no existe; que las sociedades han seguido, después del Calvario, observando Códigos paganos, costumbres paganas, derecho pagano, organización social y política paganas, egoísmos paganos, propiedad pagana; que en nombre de Cristo se han condenado por Papas y Concilios todos los socialismos y comunismos, fortificándose y conservándose el derecho de propiedad y con él la ley del egoísmo; que todo lo posterior á Jesucristo lleva nombres cristianos, pero el fondo es el mismo que el de la antigüedad pagana, y que si algunas revoluciones se han hecho en favor de los derechos de los débiles y de los pobres, esas revoluciones han sido anatematizadas por el catolicismo.

Lo que sí ha conservado esta del primitivo cristianismo, es la intolerancia tomada del pueblo judío, y que es muy lógica. «La serie de víctimas (dice un historiador) que se abre con San Estéban, ha ejercido una influencia particular en la historia del espíritu humano; ha introducido en el mundo occidental un elemento que le faltaba: la fe exclusiva y absoluta, la idea de que no hay sino una religión buena y verdadera. En este sentido, los mártires han inaugurado la era de la intolerancia; se puede decir con bastante seguridad, que el que da su vida por su fe, será intolerante si llega á ser el amo; el cristianismo que atravesó tres siglos de persecuciones cuando se trocó en dominador, fué más perseguidor que toda otra religión. Cuando uno ha derramado su sangre por una causa, está dispuesto á derramar la de los otros por conservar el tesoro que se ha conquistado.» Es triste pensar (dice Havet, t. IV, págs. 481 y 483) cuántos mártires cristianos han sido engañados en su generoso arrebato; murieron para traer el reino de Dios sobre la tierra, y no han traído sino el reino del clero, que es cosa bien diferente y aun

opuesta. La Iglesia y el clero han hecho infinitamente más mártires que los que ellos han tenido, y además han hecho pesar sobre la humanidad y sobre el pensamiento humano, durante muchos siglos, la más insoportable y maléfica de las servidumbres. Jamás ha existido otro poder como el de la Iglesia que haya sabido perseguir con éxito; pero era que procedía de una manera diferente de los paganos. Véase la inquisición española; no solamente mata, sino que ha inventado un arte espantoso para matar. No basta decir con ella: *Yo no soy judío, no soy hereje*, como bastaba decir al Proconsul romano *yo no soy cristiano*; era preciso, además, hacerla aceptar esta sumisión, y esto era imposible; y si al fin se lograba, la víctima escapaba de la hoguera, pero quedaba en perpetua prisión. Todo era expiado; no se escapaba ni un suspiro. Así ¡que el silencio, ó más bien, la muerte pesaba sobre ese reino! Sería absurdo imaginar, que bajo la inquisición pudiesen existir sinagogas ó iglesias protestantes constituidas, como las cristianas que se constituían bajo los Césares. La inquisición española, según Fouillée (*Revue de Deux Mondes*) ha quemado en tres siglos tres mil doscientas personas.» (Véase el erudito estudio de Renan *Questions Contemporaines*, capítulo *Du libéralisme clerical*.)

Apenas contó el cristianismo con numerosos prosélitos, cuando, como hemos visto, abdicó sus ideales de fraternidad y vida común, y se amoldó, copiándola en todo, á la sociedad pagana. Mucho antes de la protección acordada por Constantino, había ya establecido gerarquías de Presbíteros, Obispos, diáconos, etc., y abandonando la ley de Moisés y culto judío (los judíos no tenían más que un templo, con muy raras excepciones tuvieron dos) adoptó las costumbres paganas de tener templos ó edificios destinados al culto. Entre los funcionarios de las primitivas Iglesias surgieron rivalidades, celos y envidias que se informaban en el sinnúmero de heregías que existieron en los tres primeros siglos de la Iglesia; pero cuando Constantino se declaró protector de aquella, los elementos expurios que ingresaron á su seno fueron inevitables; por millares se apresuraban á abrazar la nueva fe todos los partidarios del poder público, todos los aduladores, todos los que obran por imitación de los poderosos; es decir, casi todos los hombres; y es claro que aceptaban la nueva fe sin conciencia. Y cuando no sólo fué declarado libre el culto cristiano, sino objeto de privilegios á sus bienes y á sus sacerdotes, el número de éstos acreció tanto, que fué preciso impedirlo, como lo hemos dicho en la

historia del Derecho Romano. Y así, obedeciendo al servilismo y á intereses egoístas, turbas innumerables se hicieron cristianas después de Constantino, y como observa un historiador, esas turbas eran cristianas bajo ese Emperador, apóstatas bajo Juliano, arrianas bajo Constancio y católicas bajo sus sucesores. Formado así el cristianismo con esa clase de elementos, y habiéndose valido de la persecución y de la tiranía, de los despóticos edictos de los Teodosios para consumir su victoria, perdió su verdadera originalidad y su idealismo, y no fué más que una religión en perpetuas componendas ó transacciones de su moral y de su theología con las ruindades y los egoísmos sociales, componendas que han producido desde el odioso libelo de Lactancio (*Fin de los Perseguidores*) hasta la moral inmoral de los Jesuitas. (Probabilismo, probabiliorismo. (Véanse las *Provinciales* de Pascal y Havet, op. cit. tomo I, pág. 10, L. III.) Mucho antes de la paz de Constantino, la corrupción y apostasia de los Obispos eran contables, como puede verse en la obra de San Cipriano de *De Lapsis* (Havet, tomo IV, página 471.)

La humanidad ha continuado después de Cristo tan perversa y prostituida como antes, ya se trate de la humanidad laica, pero que practica el culto católico, ya de los pastores, de los representantes de Jesucristo, cuya misión divina y vocación mística, no han venido á ser, hace muchos siglos, sino un empleo lucrativo como tantos que existen en la sociedad; de manera que los hombres se dedican al sacerdocio, como se dedican á la milicia, al comercio, á la política, etc., buscando una profesión, una carrera, un empleo; no por impulso cristiano de ser agentes de caridad y de santidad. En el orden profano ó laico, las sociedades y Gobiernos cristianos han seguido cometiendo las mismas iniquidades que los pueblos paganos; el derecho de conquista, las guerras de ambición, el exterminio de pueblos enteros han seguido practicándose por Gobiernos católicos y cristianos sin protesta de la Iglesia y aun con su aprobación, como lo demuestra la historia del derecho internacional. (Véase Vaccaro *Le Basi del Diritto*, página 733.) Las griegas y romanas eran desenvueltas; pero léanse en Procopio ó en Gibbon los impúdicos espectáculos que daba al pueblo bajo el Emperador Justino en el teatro de Constantinopla la mujer que más tarde fué la Emperatriz Theodora, á quien Justiniano hizo Madre de la Iglesia; la esclavitud no hace muchos años que desapareció, y no por iniciativa de la Iglesia; la tortura no hace cien años que

desapareció; la inquisición, obra de la Iglesia, ha sido suprimida por los anti-católicos; las edades cristianas tienen institutos de beneficencia, ¿pero cuándo dejó de existir la caridad en Grecia y en Roma?

Pero dejemos estas líneas generales de la historia profana, y véamos si dentro del seno de la Iglesia, si sus pastores, si su clero, si los agentes de la virtud y modelos de caridad han reflejado en la historia los auxilios sobrenaturales del cristianismo. En el tercer siglo, y apenas tolerada y medio protegida la Iglesia, sus pastores y su clero todo se encuentran en tal estado de corrupción, que San Cipriano, escandalizado y casi desesperado, hace una triste pintura del Episcopado, cuyos individuos tenían numerosos domésticos, designaban á sus parientes para sacerdotes, intrigaban para obtener el Episcopado, y una vez obtenido, no se cuidaban del encargo, sino para enriquecerse; muchos Presbíteros y confesores persiguieron á San Cipriano por su amor á las buenas costumbres; los fieles no asistían al culto sino en los días solemnes; muchos Obispos se unieron á la Emperatriz Eudoxia para perseguir á San Juan Crisóstomo, porque predica contra la corrupción; muchos mártires mismos cayeron en pecados de impureza escandalosa (Fleury *Abregé* I, 452 y 453); tres Obispos consagraron á Novaciano en medio de un banquete en que se embriagaron; al principio del siglo III San Gregorio de Nazianceno dice que «está espantado viendo la multitud de individuos que sin mérito, sin talento, corrompidos, osan con sus manos mancilladas y su espíritu profano ejercer las augustas funciones del sacerdocio. . . . La avaricia que les carcome el corazón, y la ambición que los devora, los impele á empujarse, por decirlo así, los unos á los otros al rededor de la sagrada mesa. . . . El sacerdocio no es para ellos un ministerio penoso, donde es preciso sacrificarse por los miembros de Jesucristo; es un título de honor (una profesión lucrativa, como hoy) un rango de poder y de autoridad, donde pretenden ejercer autoridad arbitraria. Este desorden es tan grande, tan público, tan escandaloso, que nunca se ha visto cosa semejante; otras veces decláranse ciertos abusos, y aun tienen un curso violento y desaparecen luego; pero hoy yo no conozco ni límites, ni medida al desbordamiento del crimen en los Pastores.»

Así, apenas daban alguna tregua las persecuciones, y ya la Iglesia y el clero seguía las corrientes comunes de la sociedad pagana, sin que se notase nada extraordinario, ni sobrenatural en su conducta,